

Carmen Amoraga

Enamorar (se)

Amores cruzados,
jóvenes apasionados



CROSS
BOOKS

Carmen Amoraga
Enamorar(se)

CROOSBOOKS

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Carmen Amoraga, 2016

© Editorial Planeta S. A., 2016

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: febrero de 2016

ISBN: 978-84-08-14911-8

Depósito legal: B. 196-2016

Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Impreso en España — Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

La fórmula del éxito

¡Ey, tú, sí, tú! Vosotros, venid aquí.

Chicas, chicos.

Chicos, chicas.

¿Cuántas veces os habéis preguntado qué hacéis mal cuando no os salen bien las cosas en el amor y en el sexxxo?

Habéis lloriqueado a vuestros amigos, a los compañeros de clase o del equipo de fútbol, a algún profe enrollado, a una vidente, incluso a vuestra madre, que dice que es vuestra amiga y que se lo podéis contar todo... pero no me habéis preguntado a mí: EL RARITO, EL NERD, EL CIEN-TÍFICO que os va a dar clarito clarito LA FÓRMULA DEL ÉXITO EN EL AMOR.

Tomaré como cobayas a nuestros tres queridos protagonistas: Cristóbal, Joana y Alba.

¡Ah, el triángulo! Equilátero, isósceles, escaleno. Toooooos hemos sido parte de un triángulo.

¡YO NO!, dice alguien por ahí. Date tiempo, guap@.

CRISTÓBAL (C)



JOANA (J)

ALBA (Ab)

Tal y como está la cosa, Cristóbal puede aplicar dos fórmulas matemáticas para sus dos variables Joana y Alba. Para simplificarlo, simbolizaremos a Cris como C, a Joana como J, y a Alba como Ab. ¿Y por qué no simplemente A para Alba? Porque el símbolo de A lo reservaremos para la A mayúscula, la A de todas las cosas... AMORRRRR.

Ahora bien, donde tenemos A, tenemos S. ¿S de sexo, S de salido? Noooo.

S de SU-FRI-MIEN-TO.

Eso nos han contado las pelis de Hollywood, las novelas románticas y nuestra vecina del 5°.

El amor duele, la, la, la, la.

¡MENTIRA!

$A \neq S$, Amor \neq Sufrimiento. El amor no equivale a sufrir. No, no, no. Que no, que de verdad que no.

$-c = S$, Amor (no correspondido) = Sufrimiento al cuadrado 😞. Esta sí.

¿Lo vamos pillando?

Entonces, ¿cuál es la fórmula del ÉXITO (E) en el AMOR (A)?

EA=Ac

Éxito en el Amor = Amor correspondido

EA es directamente proporcional a Ac 😊

Volviendo a las cobayas, **Cristóbal** puede elegir (qué suerte el tío) entre aplicar

$$C+Ab \rightarrow A(-c) = S^2$$

$$C+J \rightarrow EA = Ac$$

Con Alba, amor no correspondido, sufrimiento al cuadrado.

Con Joana, éxito amoroso garantizado con amor correspondido.

¿Y Alba? ¿Qué fórmula aplicó?

Ninguna, la del conejo de *Alicia en el País de la Maravillas*: «Llego tarde, llego tarde», y llegó tarde al Ac de Cristóbal. Para entonces $Ab+C \rightarrow A(-c) = S^2$.

¿Y Joana? ¡Ay! Joana jugó con lo que le quedaba, aplicó la constancia del sabio y la paciencia del santo *et voilà!!*

Pasó de 🤖

$$J+C \rightarrow A(-c) = S^2$$

a 🦄

$$J+C \rightarrow EA = Ac$$

¿Que cómo lo hicieron?, oigo preguntar. Ensayo y error, porque no tenían mi fórmula, LA FÓRMULA del Éxito. Pero vosotros ahora sí la tenéis. Y vale para todo bicho viviente, hombre, mujer, pingüino o periquito, edad, raza, religión y cultura, humanos, vampiros o zombis.

EA = Ac EA = Ac EA = Ac EA = Ac EA = Ac EA = Ac
EA = Ac EA = Ac

EA = Ac EA = Ac EA = Ac EA = Ac EA = Ac
EA = Ac EA = Ac EA = Ac EA

EA = Ac EA = Ac EA = Ac EA = Ac EA = Ac EA = Ac EA
= Ac EA = Ac EA = Ac EA = Ac...

El éxito en el amor es igual al amor correspondido.

EA = Ac



El Triunfo

A) Cómo triunfar sin dejar de ser tú mismo (Cris)

Nunca he tenido suerte. Es un hecho. A ver. Algunas cosas tengo, pero todas me las he currado. Nada me ha venido dado. Saco buenas notas, pero es porque no dejo de estudiar ni un solo día. Estoy delgado, pero es porque a veces lloro de hambre y porque los lunes, los miércoles y los viernes salgo a correr llueva, truene o haga sol. Ya no soy virgen, pero es porque no tuve reparos en hacerlo con una tía que era más fea que Picio y que estaba tan bebida que ni me la pudo chupar, que, en honor a la verdad, era lo que en realidad me apetecía. ¿Estoy orgulloso de eso? No, la verdad. No se lo he contado a nadie, lo de que no me enorgullece, pero tampoco lo del polvo. ¿Para qué? Y eso me lleva al otro para qué (para qué lo hice) y una pregunta retroalimenta a la otra: no lo cuento porque no estoy orgulloso, como no estoy orgulloso no lo cuento, y así hasta que me canso de pensar en ello. Tampoco fue tan im-

portante. Pero lo que me dejó mal sabor de boca fue darme cuenta de que no soy distinto a los demás, porque hasta ese momento pensaba que lo era, distinto, que no era un adolescente granulento que piensa con el paquete y que lo único que quiere es no salirse del redil, seguir al líder, vivir la vida con la ley del mínimo esfuerzo, beber vodka de colores hasta caer redondo. ¡Distinto yo!... Qué va. Hasta esa noche, yo creía que lo que quería era esto:

Ser médico (para ayudar a la gente a estar mejor).

Estudiar (para ser médico).

Intentar enrollarme con Alba.

Olvidarme de Alba (en el caso de no conseguir el punto anterior).

Encontrar a una chica que me quisiera una vez conseguido el olvido de Alba.

Estar delgado (para encontrar a la chica que me quisiera).

Enamorarme (de la chica que me quisiera).

Hacerla feliz (a la chica que blablablá).

Ser feliz (con la chica que etcétera).

No tener que buscar a otra.

Pero no. Esa noche salí con los colegas. Eran las fiestas en el pueblo de al lado y había discomóvil. Fuimos al parque, unos con los bocatas hechos de casa, otros con las bolsas del McDonalds, y luego lo dejamos todo desperdigado en el mismo espacio en el que antes, por la tarde, o después, por la mañana, los niños habían ido o irían a jugar, y las madres dirían: joder, pero qué niños más guarros. Lo pensé (que éramos unos marranos), pero tampoco llevé el papel de plata de mi bocadillo a la papelera, lo dejé caer en

el suelo, y también me columpié en el caballito blanco con las bridas rojas y me mecí en el columpio y lo enrollé hasta descolgarlo y me descojoné como un bestia cuando alguien, creo que fue García, que se llama Manuel, pero que lo llamamos siempre García o el Meto porque siempre está diciendo «que te meto, que te meto», dijo que al día siguiente más de un niño lloraría porque no podría jugar. Claro que para entonces ya habíamos acabado de papear y habíamos abierto las botellas de Fanta y de Coca-Cola y de vodka y de whisky de Mercadona, que es más barato y también está muy bueno, y yo, como no suelo beber, estaba mareado perdido y todo me hacía gracia.

Después ya nos repartimos en las motos, y los que no habían tuvieron que ir andando, y cuando llegaron ya se les había pasado el pedo, estaban de bajón y no tenían ganas de confraternizar con las chicas que conocíamos ni de conocer a las desconocidas, y eso dio facilidades a los demás.

A mí no me pasó, lo del bajón, porque me pegué a la espalda de Luis y no le quedó más remedio que decirme: tú conmigo, Cris, y al llegar a la discomóvil nos pusimos a dar saltos como condenados, a fumar maría, a saltar, a fumar maría y así sucesivamente.

Ni sé cómo se llamaba la chica, ni tampoco cómo acabamos en el asiento de atrás del coche de una que era la prima de una que era la amiga de una que iba con ella. Fue rápido y corto pero tampoco hubiera querido que durase más. Creo que ni se quitó la ropa, ni le toqué las tetas ni nada. Se bajó las bragas, me dejó los pantalones por las rodillas, me puso la goma, se subió encima de mí y al cabo

de ¿cuánto?, ¿tres minutos?, me dijo: hala, ya puedes decir que has follado.

Pero no se lo dije a nadie.

B) Cómo triunfar sin dejar de ser tú misma (Joana)

¿Desde cuándo me gusta Cristóbal? Ni lo sé. Creo que ya en el colegio, en infantil, en la jaula donde nos mantenían separados de los mayores para que no nos tirasen al suelo ni nos hicieran daño, ya me hacía gracia. Era por las gafas. Azules, de pasta, tan pequeñas, tan bonitas. Y yo hubiera dado todo lo que tenía, todos mis juguetes, todos mis cromos, todos mis collares y pulseras, todo, por tener unas. Cuando llegó la Navidad ese año y mi madre me preguntó qué quería que me trajese Papá Noel, no lo dudé ni un minuto: gafas, dije, azules, añadí, de pasta. Y me las trajo en una funda que era de las de mi padre, y estuve todo el año sentándome en un pupitre pequeño con otros tres niños, Marcos, Naomi y Nerea, mirando el mundo con mis gafas sin cristales.

Yo no lo recuerdo. Me lo ha contado mi madre. Pero me cuadra que sea así, que fuera eso lo que dijera, porque yo desde pequeña he sido de pedir rarezas, de valorarlas y de cometerlas. Rarezas pequeñas, nada del otro mundo. No soy de destacar. Soy de las del montón. Por eso me gustaba Cristóbal, y por eso imagino que me gustaba desde pequeña, porque me ha gustado siempre, porque no me recuerdo sin que me gustara ese niño enano, flaco, serio, triste, pálido, con el que he cruzado pocas palabras en to-

dos los años que lo conozco: hola, adiós, perdona, ¿llevas hora? y cosas así.

Tampoco es que haya estado enamorada. A ver. Una cosa es que te mole y otra que te quedes pillada. Eso es lo que digo. Hay que mirar para adelante. Siempre.

Mi padre me ha dicho lo contrario toda la vida, que hay que mirar para atrás para ver a los que están peor que tú, pero yo siempre le he contestado que sí, que vale, que saber que podrías estar peor está bien, da moral y tal, pero que si te pasas el rato echando la vista atrás, nunca vas a ver a los que están mejor, y entonces no podrás mejorar en la vida, y mi padre dice: bueno, en eso tienes razón, pero a la siguiente vez que sale el tema, me suelta la matraca: mira para atrás, Joana, mira para atrás.

Lo dejo por imposible. Si le hiciera caso y viviera con el cuello girado, estaría ya sirviendo carajillos a las seis de la mañana, poniendo bocatas a la hora de desayunar y llevando el plato del día a la de comer, y así hasta la hora de cerrar, y al día siguiente, vuelta a empezar. Eso también lo dicen mis padres: o estudias o al bar. Y yo, que podría pensar: «Bueno, pues al bar y por lo menos tendré dinero, y no como otros que no tienen ni para pipas», me digo: «No, tú te esfuerzas, Joana, y aunque te cueste la vida, te sacas el bachillerato y luego entras en la universidad y te haces veterinaria y abres una clínica y curas animales y eres feliz».

En mi sueño de felicidad, siempre ha estado Cristóbal. Otros lo llaman Cris. Yo, Cristóbal. A mí esa moda de acortarse los nombres me parece un poco estúpida, una estupidez solo superada por hacerse llamar por la inicial, como una de clase que se llama Esther y ha convencido a

todos de que la llamen E. Pues E. De estúpida. Pero a mí me da la sensación de que esconden algo.

Cristóbal siempre se ha llamado así, Cristóbal, hasta hace un par de años. Se ve que entrar en el instituto lo volvió un poco gilipollas. O yo qué sé. Si en realidad no lo conozco. Todo ha sido verlo de lejos, fantasear cómo sería hacer con él esto o aquello, cerrar los ojos y creer, por un instante, que me besaba él cuando imaginaba que me besaba alguien, no sé, las típicas cosas que ocurren con los amores platónicos. Ni siquiera sabía si recordaba mi nombre. Nunca había estado sola con él, hasta que la otra tarde, mi hermana me gritó desde su cuarto al oír el timbre: «Abre la puerta, que es para mí y no puedo salir», y la obedecí y abrí la puerta, y en el rellano estaba Cristóbal.

—Hola, Joana, ¿está Alba?

C) Cómo triunfar sin dejar de ser tú misma (Alba)

Una ha de ser consciente de sus limitaciones. Yo soy guapa. Eso no es una limitación, es una suerte, una bendición. Podría no serlo. Es una cuestión genética, de combinación (de los genes), de haber sacado lo mejor de unos y otros y no lo peor. Mirad a Joana. Ella se ha llevado la peor parte, y lo sabe. Eso lo tenemos las dos, es lo único que compartimos, la conciencia. Mi padre es alto, tiene el pelo rubio y rizado, ojos azules, separados, piel escamosa, seca como el esparto, nariz prominente, labios finos. Del cuerpo no hablamos. Eso tiene remedio con dieta y ejercicio, y

si todo falla, con hilo imaginario para coserte la boca y no comer nunca jamás. Mi madre es morena, ojos pequeños, oscuros, pero no redondos: almendrados, que son más bonitos, y tiene los labios gruesos y la voz grave, y unas peras de impresión, y aún ahora, que es mayor (45) si quisiera podría ir sin sujetador, pero no quiere, porque está un poco chapada a la antigua, y además, a mi padre no le parecería bien que atendiese a los clientes del bar toda empitonada: «¿Qué te pongo, Vicente?». «Pues caliente, qué me vas a poner» (eso dice mi padre, y se descojona él solo porque a nosotras no nos hace gracia). Mi padre, no lo he dicho, es más simple que el mecanismo de un botijo. Mi madre, en cambio, es más viva. Y lee, continuamente, aunque se caiga de sueño, y eso la hace más lista, más rápida, aunque no pudo estudiar porque sus padres no tenían pasta y la pusieron a trabajar a los dieciséis, y de vez en cuando le da patadas al diccionario y dice *haiga* y *embrazo* y no acaba de aclararse con las concordancias de los verbos y los significados de algunas palabras. Pero da el pego. Habla muy rápido, dice muchas cosas, y siempre termina con una sonrisa, y eso, de alguna manera, le da toda la razón.

Yo tengo:

El color de ojos de mi padre y la forma de mi madre.

El color de pelo de mi madre y los rizos de mi padre.

Los labios de mi padre.

La altura de mi padre.

La piel de mi madre.

La nariz de mi madre.

Las peras de mi madre.

Joana tiene:

El color y la forma de los ojos de mi madre.

El color y la forma del pelo de mi madre.

La nariz de mi madre.

El carácter de mi madre.

Las peras de mi madre.

Si hablamos en términos de conciencia, soy consciente de que, a priori, yo me he llevado la mejor parte, porque soy tan guapa que es imposible obviarlo. Desde pequeña, las niñas han querido ser amigas mías y los niños han deseado ser mis novios; en el colegio bastaba una caída de ojos para que la profe se apiadara de mi poca capacidad de concentración, y en casa, lo mismo si había una mala nota. Casi no me han castigado, ni he tenido problemas con los chicos, porque si se me ha muerto un rey, no he tardado en encontrar a otro que recogiera la corona. Quizá, solo quizá, recientemente, me he topado con la envidia de alguna fea, que hay que ver lo resentidas que son. Y coincidiendo con eso, a mis padres, a mi madre en concreto, les ha dado por ponerse firmes.

Mi madre:

—O sacas el curso o nada de ser modelo.

Mi padre:

—Toma ejemplo de tu hermana o te saco del instituto y te vienes con nosotros al bar.

Y yo no quiero que eso pase por nada del mundo. No quiero poner cafés, bocatas, platos del día, cervezas, claras, cubatas ni copas de sol y sombra; no quiero sellar primitivas ni vender cupones de la once ni décimos de Navidad. Yo lo que quiero es ser modelo, y desfilas, y

protagonizar las campañas de publicidad de grandes diseñadores de firmas de joyas y cosmética en anuncios de la tele, en videoclips de cantantes, aunque, la verdad, me conformo con salir en las páginas de los folletos del Carrefour.

Por eso, porque estoy a punto de perder ese sueño, es ahora, a los dieciocho recién cumplidos cuando me doy cuenta de que a largo plazo los genes buenos se los ha llevado ella. Ella y su piel cuarteada, y esa nariz enorme, y esas tetas, que sin todo lo demás son como una broma del destino o de la genética. Yo no seré nada, nadie, me marchitaré.

Mi hermana Joana, la fea, es la que llegará a algo en la vida. A veterinaria, dice. Y seguro que lo conseguirá. Todas las tardes estudia un rato, un poco cada día, y sale de clase siempre con los apuntes subrayados, y no sabe lo que es un suspenso ni una nota de amonestación. Joana, que tiene tres amigas y no necesita más porque nunca ha tenido una bronca de esas que te hacen romper con todo y buscarte otras, que es virgen, seguro, que nunca ha tenido novio, ni siquiera uno feo, que no se ha llevado bien conmigo nunca, no por su culpa, sino porque yo nunca he querido ser amiga de alguien que no me admire. Ella, que tiene buen carácter pero no sé dónde esconde el corazón porque no he visto cosa más fría en la vida, es la que se ha llevado lo bueno en el reparto de dones.

Ahora me doy cuenta de que tengo mis limitaciones. Por eso me he buscado a alguien que me ayude a dejarlas atrás.

D) Cómo triunfar de las dos maneras (Cris)

Mi color es el rojo. Mi número, el nueve. Mi amuleto, un collar de plata, y mi hora de la suerte, las cuatro de la tarde. Estoy de enhorabuena: estos días es mi cumpleaños y a los escorpio se nos felicita. La cosa pinta bien, porque hay un chico muy enigmático y misterioso que se acercará a mí con mucho interés. La historia promete. Sentiré que en todo momento domino la situación, pero me veré envuelta en la magia que él imprime a todas las cosas que dice. También me voy a ir alejando de aquellas amigas con las que ya no congenio. Estoy cansada de hacer el papel y ahora no me importa estar sola si eso supone estar mejor conmigo misma. Aunque no lo crea, me lo puedo pasar muy bien esta semana haciendo tareas del hogar porque si mi actitud es buena, si es la adecuada, puedo disfrutar con cualquier cosa. Me irá de coña con aries, cáncer, piscis y libra, y es mejor que no me relacione con virgos, leos, escorpios y acuarios porque puedo salir escarmentada. Alba es capricornio. Menos mal.

Lo malo de todo esto, de esta predicción del horóscopo del Superpop, es que no puede ser cierta. No soy una chica. Me llamo Cristóbal. Nada irá bien.